

En búsqueda de una identidad

Reflexiones sobre la cuestión nacional, 1900-1970

Luis Di Pietro

Algunas precisiones preliminares

La cuestión de la identidad nacional ha sido una permanente fuente de reflexión, desde el siglo pasado hasta la fecha, en la historia del pensamiento argentino. Diría que es uno de los ejes que puede vertebrarla, dada la variedad de autores, de escritos y de géneros literarios que de ella, explícita o implícitamente, se han ocupado. Para ello se ha utilizado ya el escrito específicamente filosófico, ya la novela o la poesía, pero, indudablemente, ha sido el *ensayo* el vehículo por excelencia –tanto por las amplias posibilidades que brinda en cuanto género literario, como por sus proyecciones ideológicas y políticas–.

El ensayo argentino ha expresado de manera constante:

“... esa idea casi obsesiva en el ámbito intelectual hispanoamericano y particularmente en los países de gran inmigración y cultura cosmopolita que se han ido desarrollando sobre la base de mezclas, superposiciones y antagonismos sutiles: la preocupación por la identidad, la búsqueda del ser nacional que es, a la vez, intento de explicar la propia historia cultural y búsqueda anhelante de superar ancestrales tensiones”¹.

Un texto al cual hay que hacer referencia inevitablemente –y por varios motivos– es el *Facundo* de Sarmiento.

En primer lugar, porque lo considero el punto de partida, en las letras argentinas, de esa preocupación por develar “el alma argentina”. Cuando Sarmiento invoca la “sombra terrible de Facundo” para que venga a explicarnos la vida secreta de un “noble pueblo”, lo que intenta es ir más allá del mero acontecer histórico y penetrar hasta las causas últimas que provocan la guerra civil.

En segundo lugar consagra un modo de interpretar la realidad que se hará clásico en el desarrollo posterior del pensamiento argentino: el *dualismo*, y más específicamente, la polaridad *civilización y barbarie* presente ya en el mismo título de ensayo. Esta antinomia estará presente repetidas veces en la literatura posterior y con ella se discutirá, de una u otra manera.

A su vez, este conflicto primario polariza todo el discurso, por lo cual se suceden otras antinomias –en el caso sarmientino, ciudad/campo, moderno/tradición, por ejemplo– que pretenden así describir, muchas veces de manera hartamente esquemática, los distintos modos de ser de un pueblo.

Es importante recalcar que estas oposiciones se presentan siempre como antagónicas e irreconciliables, por lo cual sólo una de ellas da o debe dar la impronta de la nación que se piensa y la otra, obviamente, debe desaparecer. Esta *conflictividad* que aparece en el plano del pensamiento refleja, a mi entender, lo que ocurre en el ámbito de la cultura. Llamo *idea-fuerza* a cada uno de aquellos conceptos (civilización/barbarie/exotismo/indigenismo, etc.) que se han utilizado para definir una identidad. Ellas sintetizan o engloban todo un complejo cultural e ideológico, entendiendo por “ideología” aquel conjunto de ideas acerca del mundo y de la sociedad que responde a los intereses, aspiraciones o ideales de un sector de la nación².

El vigor de estas ideas-fuerza reside, insisto, en que no son sólo pensamientos” acerca del mundo sino proposiciones de valores que impelen al individuo y a la sociedad hacia metas aún no realizadas y justifican así comportamientos prácticos. En otras palabras, se hallan ligadas a “proyectos” de nación o de cómo debe vivir una comunidad.

Una última salvedad. Como este trabajo intenta describir los distintos momentos que se suceden en nuestra historia de las ideas acerca de la cuestión de la identidad nacional, por razones de espacio debo sólo referirme a los autores que considero más representativos y cuyas obras ejemplifican mejor lo que deseo

exponer. Además, no se me escapa que toda clasificación siempre corre el riesgo de ser arbitraria e incompleta. Pero ocurre que no existen trabajos que hayan intentado ordenar y sistematizar la reflexión hecha por nuestros intelectuales acerca de la “cuestión nacional”, lo cual supone internarse en una maraña de textos de diversas procedencias y géneros literarios.

El recurso a lo biológico

A fines del siglo pasado y principios de éste emerge con rasgos precisos el pensamiento positivista. Era la filosofía adecuada para el proyecto de una “Argentina moderna”, tal como la concebía la generación del 80. La divisa positivista, “orden y progreso”, se expresaba políticamente como “paz y orden”, “paz y administración”. Hay tres factores que generalmente están presentes en los análisis de nuestros positivistas, “raza”, “medio” y “momento”, pero indudablemente, la raza tiene la preminencia a la hora de pensar la nación.

“Poco a poco se fue propagando la convicción de nuestra superioridad hemisférica por existir en la Argentina un mayor predominio de raza blanca, concebida como equivalente a civilización, cultura, tenacidad...”³

Es decir, la identidad nacional se gestará sólo a partir del predominio de la raza blanca; nos movemos dentro del esquema “civilización-barbarie”, pero en clave biologista.

Esto aparece claramente en el José Ingenieros de principios de siglo, por ejemplo, en su *Sociología Argentina* (1901-1910).

De acuerdo a su óptica, la humanidad es una especie biológica luchando por la vida con otras especies; la sociedad, un cuerpo organizado de individuos de esa especie, que, en determinadas circunstancias de tiempo y lugar, lucha por la vida con otros grupos sociales. En este esquema, la formación de las nacionalidades es un simple episodio de la lucha de razas y por lo tanto, su

evolución está regida por leyes biológicas.

La superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado, y la selección natural tiende a extinguir las razas mestiza y de color.

La raza blanca encarna la civilización, la cual lentamente se irá imponiendo sobre lo mestizo, no sólo a causa de su superioridad biológica sino también porque el clima templado de Argentina la favorece. Nuestra nación evoluciona así desde la barbarie indígena (lo mestizo) hacia la civilización de tipo europea (lo blanco).

"La 'europeización' no es, en nuestro concepto, un deseo, como para Bunge: es un hecho inevitable en las zonas templadas, habitables por la raza blanca, que se produciría aunque todos los hispano-americanos quisieran impedirlo. Nace de causas determinantes que ya existen, ajenas a nuestro deseo: los agregados sociales más evolucionados se superponen a los menos evolucionados, toda vez que consiguen adaptarse al ambiente en que se plantea la lucha entre ambos"⁴.

La raza, en un medio adecuado, es el factor principal que condiciona la formación de una nación. El determinismo de las leyes biológicas y del medio ambiente no dejan mucho margen para las acciones individuales. Ingenieros dirá, en ese sentido, que los sentimientos y las voluntades de los hombres sólo hacen la historia en apariencia. ¿Cuál es el porvenir de la Argentina dadas sus características? Ingenieros es optimista; la superioridad argentina en América latina será real en breve dado que reúne los factores naturales que determinan el porvenir de las nacionalidades: extensión, clima, riqueza natural y raza blanca. Libre está ya, o poco menos, de razas inferiores, pues "el exiguo resto de indígenas está refugiado en zonas que de hecho son ajenas a la nacionalidad aunque habiten su territorio político"⁵.

A continuación veremos que para la misma época (1910) había otras lecturas no tan optimistas de la situación nacional.

El recurso a los orígenes

Nuevas circunstancias históricas en la Argentina del Centenario conducen a un grupo de intelectuales –lo que se llamará “el primer nacionalismo”– a buscar en el horizonte ideológico los instrumentos para elaborar una respuesta a una serie de problemas que ya señalan el lado oscuro del proyecto del ‘80.

La inmigración europea -y no precisamente la deseada por Alberdi- se había asentado en las ciudades, en especial. Buenos Aires, con todas las consecuencias sociales, económicas, políticas y culturales que ello acarreó. En otros términos

“... no sólo se llenaba de extranjeros el espacio social sino que la amplitud y la configuración misma de ese espacio cambiaba”⁶.

Buenos Aires ya se ha convertido en una ciudad mercantil y cosmopolita, que no reconoce a quienes desean construir una civilización superior fundada en el espíritu.

La atmósfera intelectual del Centenario se nutre del idealismo del *Ariel* de Rodó, del nacionalismo francés de Maurras, de la crítica de Nietzsche a la sociedad burguesa y de la lectura de la generación española del ‘98.

Frente a la nueva problemática el recurso es mirar al pasado argentino, a la *tradición hispana* y a la edad heroica de la formación de nuestra nacionalidad, donde aún brillaban virtudes como el coraje, el ansia de justicia y libertad. Sin olvidar la importancia de hombres como Manuel Calvez, vamos a detenernos en las figuras de Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones.

Hacia 1922, Ricardo Rojas explicaba que el propósito de su libro, *La restauración nacionalista* fue “despertar a la sociedad argentina de su inconciencia, turbar la fiesta de su mercantilismo cosmopolita”. La riqueza y la inmigración han destruido la antigua homogeneidad nacional. En medio de un cosmopolitismo de hombres y capitales, que nos somete a una verdadera sujeción económica, el

elemento nativo ha abdicado en la indiferencia o el descastamiento de las ideas⁷.

Lo grave de la hora, según Rojas, obliga a imprimir a nuestra educación un carácter nacionalista mediante la enseñanza de la historia y las humanidades. Si la nacionalidad es la conciencia de una personalidad colectiva, la Historia debe contribuir a formar esa conciencia por los elementos de la tradición, inclusive lo aborigen. Así aflorará el “alma nacional”, esa substancia intrahistórica que persiste a pesar del progreso y los cambios externos.

“... hoy se plantea para algunos espíritus un verdadero problema de restauración nacional. Si éste llega a interesarnos a muchos, tendrán que dividirse estas generaciones entre los que quieren el progreso a costa de la civilización, entre los que aceptan que la raza sucumba entregada en pacífica esclavitud al extranjero, y los que queremos el progreso con un contenido de civilización propia que no se elabora sino en sustancia tradicional”⁸.

Rojas se cuida de aclarar que su prédica no significa una restauración de aquellas costumbres que necesariamente deben desaparecer en aras del progreso sino la restauración de un espíritu que se ha nutrido de las razas indígenas que habitaban nuestro suelo, de la tradición española, de la montonera bárbara –“genuino fruto de nuestro territorio”– y de todo el proceso de la organización nacional. La decadencia del alma argentina comenzaría –en la mirada de Rojas– a partir de la década del 70 y se agravaría con la crisis de 1890.

En su obra importante de este período, *Blasón de Plata* (1910), aparece nuevamente la necesidad de dar cauce a una inmigración que viene a alterar la “raza” argentina –el criollo del S. XIX– y combatir al progreso materialista. Para sintetizar su planteo, Rojas recurre al procedimiento de la antinomia. La civilización está representada ahora por el “indianismo”, frente a lo cual se alza el cosmopolitismo individualista.

Por aquellos años, 1913, Lugones lee una serie de seis conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires, cuyo contenido central es el *Martín Fierro*. Lugones tiene clara conciencia del rol que le cabe en ese momento, como intermediario

entre la poesía épica y la mente culta de la "clase superior"⁹. Frente a ellos se alza "la plebe ultramarina," la "ralea mayoritaria" de una ciudad que se ha convertido en una nueva "Salónica"¹⁰.

El *Martín Fierro* es un poema épico, es decir, expresa la formación de la raza (la nacionalidad) y señala su destino. Como poema épico se entronca con toda la tradición desde los poemas homéricos, lo cual incorpora a nuestra raza a la civilización greco-romana.

El héroe del poema es el *gaucho*, el civilizador de la Pampa. Lo que no logró la conquista, la derrota del salvaje, pudo hacerlo el gaucho gracias a su doble condición: "carácter progresivo" (pues lleva el estímulo de la civilización) y "mayor capacidad de adaptación". Pero el gaucho, prototipo el argentino actual, ya cumplió su misión.

*"No lamentemos, sin embargo, con exceso su desaparición. Producto de un medio atrasado, y oponiendo a la evolución civilizadora la renitencia, o mejor dicho, la incapacidad nativa del indio antecesor, sólo la conservación de dicho estado habría favorecido su prosperidad"*¹¹.

Culpable de la extinción del gaucho fue la oligarquía, señala Lugones que, por otra parte, tuvo la inteligencia y el patriotismo de construir la grandeza futura del país y preparar la democracia.

*"El asombroso progreso alcanzado en un siglo, realizóse bajo esa oligarquía, malos y buenos, todos los directores de aquel fenómeno salieron de ella... La historia, en coincidencia con casi todos los pensadores, desde Aristóteles hasta Renán, demuestra que los mejores gobiernos suelen ser las oligarquías inteligentes"*¹².

En suma, la nueva barbarie es la enorme masa de extranjeros perniciosos que se han establecido en la urbe, y la democracia electoralista, verdadero "azote nacional". La civilización se enraiza en la pureza proveniente del pasado, en el "mito protector y aislante"¹³ que nos llega a través de los arquetipos de la

nacionalidad.

El recurso a lo telúrico

Ahora bien, hacia 1930 en Argentina concluye una época. A la crisis internacional del año 29 se suma la crisis institucional que culmina con el derrocamiento de Yrigoyen.

En realidad es todo un modelo de país que está cuestionado: el liberalismo político, económico y cultural del proyecto de la generación del '80. Lo cierto es que las antiguas convicciones y seguridades que aún se mantenían firmes desaparecen.

La indagación sobre nuestra identidad, sobre nuestro "ser nacional", adquiere, a mi entender, un nuevo rostro. Aparecen una serie de ensayos que intentan hacer una interpretación de nuestra realidad haciendo hincapié en el factor telúrico. El tema de la influencia secreta de la tierra sobre la vida no era, por cierto, una novedad en nuestra ensayística¹⁴, pero ahora adquiere una importancia que puede rastrearse a lo largo de tres décadas.

Tal vez el texto paradigmático que surge como reacción a toda esa atmósfera espiritual que se vivía por aquellos años sea *La radiografía de la Pampa* (1933) de Martínez Estrada. Mediante un arsenal ideológico rico en referencias psicológicas y sociológicas, con un lenguaje farragoso a veces, Martínez Estrada se propone demostrar lo inexorable de las fuerzas psíquicas y telúricas en la historia argentina y americana. El medio –en nuestro caso la Pampa, la llanura– ha determinado la vida individual y colectiva de una manera oculta e inaplazable.

*"Este medio, sin fisonomía propia y aparentemente sin energía plástica, absorbe y comunica su sustancia agreste al individuo... [el hombre] se mantiene enhiesto e íntegro hasta que puede; pero en cuanto actúan sobre él las fuerzas deformadoras y erosivas, cae roído y deshecho"*¹⁵.

Esta fatalidad dada por lo telúrico, lo primitivo, ha dejado una marca, una norma impresa –un “pecado original”¹⁶– que atraviesa todas nuestras instituciones. “Los pueblos de América sufren una fatalidad geográfica y étnica”¹⁷ que ha triunfado sobre la civilización. En Martínez Estrada encontramos nuevamente la antinomia “civilización-barbarie”, pero no la resuelve al modo sarmientino. Aquí el análisis es más complejo. El autor es muy crítico respecto de los promotores de nuestro progreso que han tratado de adaptar instituciones europeas a una realidad distinta. Hay una revalorización del interior del país –como años después hará Mallea en *Historia de una pasión argentina*–, como el ámbito de lo genuino, de lo incontaminado, en oposición a Buenos Aires, ciudad mercantil y vendida al capital extranjero.

El ensayo de H. Murena –discípulo de Martínez Estrada– *El pecado original de América* (1948) se mueve en un registro similar. América es la tierra en lito, vacía de espíritu, que se encuentra fuera de la historia. A causa de una culpa que desconocemos los americanos cargamos con un segundo pecado original.¹⁸

Más sugerente es la obra que Carlos Astrada publica ese mismo año. *El mito gaucho*. Con categorías provenientes de la antropología kantiana y de la filosofía existencial, intenta bosquejar “una filosofía de la argentinidad que de cuenta de la verdadera esencia argentina”. Si bien el centro del análisis está puesto en el *Martín Fierro* como expresión de un mito originario que determina todo el devenir de la Argentina como comunidad política –por lo cual habría en Astrada un “recurso a los orígenes”– muchos pasajes de la obra permiten deducir que la clave está en “la pampa”. Así:

*“La pampa, la extensión ilimitada, como paisaje originario y, a la vez, como escenario y elemento constitutivo del mito, he aquí nuestra Esfinge, la Esfinge frente a la cual está el hombre argentino. La pampa, con sus horizontes en fuga, nos está diciendo, en diversas formas inarticuladas, que se refunden en una sola nota obsesionante: ¡O descifras mi secreto o te devoro!”*¹⁹.

La pampa no es ya exclusivamente el medio físico, sino una modalidad

o estructura existencial del hombre argentino. En este “plasma pampeano primigenio” están cifradas las posibilidades argentinas, nuestro destino como comunidad. También encontramos en Astrada el juego de oposiciones. En este caso el lado positivo está dado por el *gaucho* y la carga negativa está puesta en el cosmopolitismo de las clases dirigentes, “civilizadas”, europeizadas, que han desertado de su destino existencial.

Por último, dentro de este grupo de autores que creen hallar la clave de comprensión de nuestra identidad en lo telúrico ubico al Rodolfo Kusch de *La seducción de la barbarie* (1953) y de *América Profunda* (1960). En la primera de las obras mencionadas habla de una permanente escisión que atraviesa al hombre americano: la de vivir dos verdades, una “real” dada por lo “demoníaco” americano y otra de “ficción” presente en las ciudades.

Esta existencia escindida, ambivalente, esta mediada por el *paisaje*.

“El [paisaje] apaña la ambivalencia. Existe como una perpetuación del vegetal en la psicología social americana. Y esta perpetuación agranda lo americano en sentido telúrico, substrayéndolo, en cambio, a la idea, a ese afán de perfección universal que nos instila Europa”²⁰.

El reverso de América, su verdadera cara, estaría dada, pues, por lo que Kusch describe como una “metafísica vegetal”.

En *América profunda* se acentúa el dualismo y la explicitación de los opuestos. Por un lado, la cultura del “estar”, sinónimo de la sierra y el campo, y por otro, la cultura del “ser”, que asocia a la ciudad. Lo propiamente americano pertenece al “estar”, esa estructura originaria y fundante en sentido metafísico,

“... ese magma vital primario de donde todo sale de nuevo: naciones, personajes, cultura, etc”²¹.

Obviamente, este “magma vital” guarda en Kusch una valoración positiva, como en Astrada. Este antagonismo entre el “estar” y el “ser” se resolvería

finalmente mediante un proceso de “fagocitación” que opera el primero de los términos sobre el segundo²².

Esta recurrencia a lo “telúrico”, de fuerte presencia en la ensayística del siglo pasado y del actual, a partir de la década del sesenta se verá desplazada por una nueva idea-fuerza: *el pueblo*. La eclosión de los movimientos de liberación del Tercer Mundo, los acontecimientos de Cuba y en especial, la experiencia peronista conducen a una modificación de las categorías en juego para intentar explicar una realidad cada vez más compleja.

“... desde diversas perspectivas políticas e ideológicas se buscaba un eje rearticulador de todo el proceso nacional. En esta redefinición de sujetos, el ‘pueblo’ emergerá como una sustancia incontaminada ante la decadencia que viene de involucrar a las demás zonas de la sociedad”²³.

De aquí en mas, el ‘pueblo’ será el lugar desde donde se comprende más propiamente a la nación.

El recurso al pueblo

Quizás es en Hernández Arregui donde se ve en primer término la emergencia de esta nueva consideración de la identidad nacional. En su texto *¿Qué es el ser nacional?* (1963.) va realizando sucesivas aproximaciones a la cuestión hasta definir el ‘ser nacional’ como

“...un hecho político vivo, que entrama múltiples factores naturales, históricos y psíquicos a la conciencia histórica de un pueblo”²⁴.

Ya no encontramos un ‘sustancialismo’ de la cuestión nacional sino que ahora está asociada claramente a lo político, y más específicamente, a la conciencia antiimperialista y a la voluntad nacional de destino de todo un pueblo²⁵.

Hay una relectura del pasado argentino, entendido ahora a partir de la acción de las masas populares, y una valorización del presente, pues “el pasado

tuvo como protagonista a la oligarquía, el presente al pueblo"²⁶. Es en las masas donde mora el auténtico espíritu y la verdadera cultural nacional.

Pero indudablemente fue en la década del 70, en lo que genéricamente se denomina como "*filosofía de la liberación*", que se potenció el uso de la categoría pueblo.

Si bien se reconocen líneas diversas dentro de ese movimiento generacional, es posible encontrar algunos tópicos comunes.

El 'pueblo' como "sujeto histórico de la nación"²⁷, como "categoría clave para la interpretación política, social, histórica y cultural de América Latina"²⁸: 'pueblo' es

*"... la Nación en su conjunto... Sin distinción de banderías ni diferencias raciales o económicas, el pueblo se erige en frente nacional antiimperialista y desde allí se estructura la resistencia y su consecuente voluntad liberadora"*²⁹.

Visto como unidad de origen, de historia y de cultura en lucha por su liberación, políticamente el pueblo se traduce en *nación*.

El pueblo es una totalidad orgánica, definida y estructurada culturalmente. Su espíritu tiene un potencial configurador de identidad, tanto personal como social. El pueblo y su proceder se transforman en eje de valoración ética, en pauta para orientar no sólo el juicio y la acción individual sino la totalidad de la existencia. Para toda esta generación el pueblo, y en especial los pueblos del Tercer Mundo, expresan una nueva estructura de relaciones entre los hombres y las naciones, entre los hombres y la naturaleza. Por eso es posible precisar la significación de "pueblo" ahora como categoría "cultural" en tanto es portador de un nuevo *éthos*.

*"Hablamos de categoría cultural porque apunta a la creación, defensa y liberación de un éthos cultural o estilo humano de vida"*³⁰.

Existe la conciencia en esta generación de estar viviendo en un *lugar*

y en un *tiempo* privilegiado. Son los pueblos de América los que están en los umbrales de construir una nueva sociedad, más justa y libre. Desde el accionar del pueblo por su liberación es posible reinterpretar toda la historia argentina y latinoamericana precedente.

Más aún, la misma *filosofía* es reformulada en su sentido y en su contenido. Para Amelia Podetti hay un pensamiento original argentino y latinoamericano y es la filosofía ligada al proyecto de liberación nacional. La filosofía es un producto histórico, particular y específico de una sociedad y que expresa en un cierto nivel de abstracción sus proyectos, expectativas y problemas. La “filosofía nacional” será aquella, pues, cuyo discurso plantea la constitución de la nación como independiente y la instauración de un nuevo tipo de sociedad. Por ello Podetti ve en los líderes de los movimientos revolucionarios a los forjadores de un pensar verdaderamente original.

“Quizá en Latinoamérica, la filosofía propia y original la han producido los jefes de la revolución, justamente porque expresaban un nuevo proyecto político, que no era meramente el de la independencia de las naciones americanas, sino que era una nueva propuesta para la vida humana en su conjunto”³¹.

En otro registro E. Dussel también intenta reinterpretar toda la filosofía argentina a partir de este momento “privilegiado”. Así propone un esquema en el cual se distinguen tres etapas: 1) La etapa óntico-liberal, marcada por el positivismo y la reacción antipositivista; 2) La etapa ontológica, con la hegemonía del pensamiento europeo, y cuyos exponentes principales fueron Nimio de Anquín y Carlos Astrada; 3) El momento metafísico de la liberación, esto es, la ruptura con el pensamiento eurocéntrico que se produce precisamente con la “filosofía de la liberación”³².

Por último, respecto a la oposición clásica “civilización-barbarie” se insiste en una crítica al modelo civilizador o propuesto por los centros hegemónicos y en un reconocimiento a lo que se motejó como “barbarie”. Además esas categorías, no se ajustan a la realidad y no hacen más que encubrir la verdadera

contradicción que ahora se expresa en los términos “liberación o dependencia” o “pueblo-antipueblo”³³.

Conclusión

Vemos, pues, cómo la reflexión acerca de la identidad nacional, desde comienzos de siglo hasta mediados de los años 70, ha tenido su anclaje sucesivamente en distintas ideas-fuerzas.

Pensarla a partir de la “raza” mostró pronto sus limitaciones, ya sea por la fuerte presencia mestiza en un país como el nuestro, ya sea por depender estrechamente del éxito del proyecto político del ‘80. El recurso al pasado, al “mito originario”, fue la respuesta del primer nacionalismo frente a los problemas que originaba el aluvión inmigratorio. La insuficiencia de su planteo estuvo, entre otras cosas, en pensar un país donde no había cabida para la participación democrática de las mayorías.

El poner el acento en lo “telúrico” permitió tanto visiones negativas como positivas de la nación. Por un lado, fue la excusa para explicar el fracaso definitivo de un proyecto de país. Por el otro, incitó a la afirmación de una cultura original y propia —ya sea argentina o latinoamericana— opuesta a la europea.

Por último, la identidad toma un fuerte sesgo político. Se afina en el “pueblo”, en todos aquellos que comulgan con un proyecto de liberación nacional. Las dimensiones históricas, sociales y culturales que introdujo un planteo semejante enriqueció enormemente a la reflexión sobre la “cuestión nacional”. Pero, al mismo tiempo redujo la identidad de la nación a un concepto estrecho de “pueblo”, que impedía comprender lo de plural y conflictivo que contiene³⁴ y cuyas decisiones políticas no siempre se ajustan a los esquemas de una teoría. Lo cierto es que a partir de la década del ‘80 la categoría de “pueblo” cae en desuso. Explicar por qué ocurrió esto significa hacer tanto una valoración de toda aquella etapa como indagar por cuales derroteros transita hoy dicha reflexión, propósitos ambos que exceden los límites de este trabajo.

Bibliografía sumaria sobre la identidad nacional

AGOSTI, Héctor, *Nación y cultura*, CEAL, Buenos Aires, 1982.

AINSA, Fernando, "Problemática de la identidad en el discurso narrativo latinoamericano," en *Cuadernos Americanos*, México, 1990, N° 22.

BIAGINI, Hugo, *Filosofía americana e identidad*, EUDEBA, Buenos Aires, 1989.

BIAGINI, Hugo (ed.), *Orígenes de la democracia argentina, El trasfondo krausista*, Legasa, Buenos Aires, 1989.

BORGES, Jorge, *Discusión*. Emece, Buenos Aires, 1957.

BUELA, Alberto, *El sentido de América, Seis ensayos en busca de nuestra identidad*, Theoria, Buenos Aires, 1990.

CALVERT, Susan and Peter, *Argentina. Political Culture and Instability*, Univ. of Pittsburg, Pittsburg, 1989.

CANAL FEIJOO, Bernardo, *En torno al problema de la cultura argentina*, Docencia, Buenos Aires, 1981.

CANAL FEIJOO, Bernardo, *Confinos de Occidente. Problemas de la cultura argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1954.

CASALLA, Mario, *Crisis de Europa y reconstrucción del hombre. Un ensayo sobre Martín Heidegger*, Castañeda, Buenos Aires, 1977.

CASALLA, Mario, "Algunas precisiones en torno al concepto de 'pueblo'" en *Cultura popular y Filosofía de la liberación*, F. García Cambeiro, Buenos Aires, 1975.

CULLEN, Carlos, *Reflexiones desde América*, Ed. Ros Rosario, 1986.

CUNEO, Dardo, *Las propias vanguardias*, Ed. Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1973.

CHAVEZ, Fermín, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, Los Coihues, Buenos Aires, 1988.

DE ANQUIN, Nimio, *Escritos políticos*, Inst. Leopoldo Lugones, Santa Fe, 1972.

DE ANQUIN, Nimio, *Ente y ser*, Gredos, Madrid, 1962.

DE IMAZ, José, *Sobre la identidad latinoamericana*, Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1984.

DIDO, Juan C., *Identikit de los argentinos*, Corregidor, Buenos Aires, 1991.

ERRO, Carlos, *Qué somos los argentinos*, Docencia, Buenos Aires, 1986.

GARCÍA, Juan, *Sobre nuestra incultura*, Docencia, Buenos Aires, 1991.

HABERMAS, Jürgen, *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid, 1989.

HENRIQUEZ UREÑA, Pedro, *Plenitud de América*, Del Giudice, Buenos Aires, 1952.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan, *La formación de la conciencia nacional*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.

ISSACSON, José, *La Argentina como pensamiento*, Marymar, Buenos Aires, 1983.

JAURETCHE, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1970.

KINEN, Antonio, "Nada-ser en el pensamiento argentino" en *Revista de Filosofía latinoamericana y Ciencias Sociales*, Asoc. de Fil. Latinoamericana, Buenos Aires, N° 13, 1988.

KING, John, *Sur, Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. FCE, México, 1989.

KORN, Alejandro, *Apuntes filosóficos*, Claridad, Buenos Aires, 1935.

KUSCH, Rodolfo, "Paisaje y mestizaje en América", en *Sur*, Buenos Aires, N° 205, 1951.

HALPERIN DONGHI, T. (ed.) *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Ayacucho, Caracas, 1980.

LACLAU, Ernesto, "Universalism, Particularism, and the question of Identity" en *October*, MIT Press Journal, Cambridge, N° 61, 1992.

LEWALD, H. (comp.), *Argentina, análisis y autoanálisis*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969.

MALLEA, Eduardo, *Historia de una pasión argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1982.

MARESCA, Silvio, *En la senda de Nietzsche*, Catálogos, Buenos Aires, 1991.

MASSUH, Víctor, *La Argentina como sentimiento*, Sudamericana, Buenos Aires, 1982.

MATURO, Graciela, *Argentina y la opción por América*. Castañeda, Buenos Aires, 1983.

MONTSERRAT, Santiago, *Sentido y misión del pensamiento argentino*, Univ. Nac. de Córdoba, 1963.

MURENA, Héctor, *Ensayos sobre subversión*, Sur, Buenos Aires, 1962.

ORTEGA Y GASSET, J. *Meditación del pueblo joven*, Revista de Occidente, Buenos Aires, 1958.

PRIETO, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires. 1988.

PRO, Diego, "Periodización y caracterización de la historia del pensamiento argentino", en revista *Universidad*, Univ. Nac. del Litoral, N° 51, 1962.

ROMERO, José Luis, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1986.

ROMERO, José Luis, *La experiencia argentina*, FCE, Buenos Aires, 1989.

SÁBATO, Ernesto, *La cultura en la encrucijada nacional*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985.

SHUMWAY, Nicolás, *The invention of Argentina*, Univ. of California Press, Los Angeles, 1991.

SIGAL, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.

STABB, Martín, *In quest of identity, Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*, Univ. of North Carolina Press, Chapel Hill, 1967.

TERAN, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.

VAZQUEZ, Juan (ed.) *Antología filosófica argentina del siglo XX*, Eudeba, Buenos Aires, 1965.

VERDEVOYE, Paul (ed.), *Identidad y literatura en los países hispanoamericanos*, Solar, Buenos Aires, 1984.

VITIER, Medardo, *Del ensayo americano*, FCE, México, 1945.

ZAFFORE, Carlos, *Claves para la cultura nacional*, Colihue, Buenos Aires, 1979.

ZEА, Leopoldo, *El pensamiento latinoamericano*. Ariel, Barcelona, 1976.

ZEА, Leopoldo, "Identidad e integración latinoamericana" en *Cuadernos Americanos*, México, 1987, N° 1.

Notas

¹ CVITANOVIC, D., "Las formulaciones dualistas en el ensayo argentino", en revista *Criterio*, N° 1766, 1977, Buenos Aires, p. 327.

² Cfr. NAVIA-LANGON, *Introducción a la historia de las ideas*, Signos, Montevideo, 1989. p. 28-30: ARDAO, Arturo, *Filosofía de lengua española*. Alfa, Montevideo, 1963, p. 86-91; BACZKO, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991, p.7-9.

³ BIAGINI, H., "Acerca del carácter nacional", en *El movimiento positivista argentino*, Ed. Univ. Belgrano, Buenos Aires, 1985, p. 29.

⁴ INGENIEROS, J., *Sociología argentina*, Elmer editor, Buenos Aires, 1957, p. 105.

⁵ *Ibid*, p. 59.

⁶ ALTAMIRANO-SARLO, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, CEAL, Buenos Aires, 1983, p. 77.

⁷ ROJAS, R., *La restauración nacionalista*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1971, p. 83/84. La primera edición es de 1909.

⁸ *Ibid*, p. 87.

⁹ LUGONES, L., *El Payador*, Huemul, Buenos Aires, 1972. p. 262/263. Este libro, publicado en 1916, tiene como base el texto de dichas conferencias.

¹⁰ *Ibid*, p. 23.

¹¹ *Ibid*, p. 82.

¹² *Ibid*, p. 74.

¹³ JITRIK, N., *Leopoldo Lugones, mito nacional*, Ed. Palestra, Buenos Aires, 1960, p. 21.

¹⁴ Baste mencionar el *Facundo* de Sarmiento; los escritos de los positivistas; *Eurindia* de Ricardo Rojas, etc. Para este linimento que estamos analizando no conviene olvidar la influencia de Spengler con su *Decadencia de Occidente*, y los escritos de Keyserling.

¹⁵ MARTÍNEZ ESTRADA, E., *Radiografía de la Pampa*. Hyspamérica, Buenos Aires, 1986, p. 144.

¹⁶ *Ibid*, p. 158.

¹⁷ *Ibid.*, p. 82.

¹⁸ MURENA, H., *El pecado original de América*. Sudamericana, Buenos Aires, 2 ed., 1965.

¹⁹ ASTRADA, C., *El mito gancho*. Docencia, Buenos Aires, 3 ed., 1982, p. 31.

²⁰ KUSCH, R., *La seducción de la barbarie*, Ed. Ross, Rosario, 2 ed., 1983, p.16.

²¹ KUSCH, R., *América profunda*. Bonum, Buenos Aires, 1986, p. 173.

²² El ensayo de Alberto CATURELLI, *América bifronte (1956)*, también plantea un proceso de fagocitación de lo europeo –lo espiritual– por parte de lo americano –lo informe–, pero su valoración es aquí negativa.

²³ TERAN, O., *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires, 1986, p. 229.

²⁴ HERNÁNDEZ ARREGUI, J. J., *¿Qué es el ser nacional?*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1973, p. 21.

²⁵ *Ibid.*, p. 22.

²⁶ *Ibid.*, p. 220.

²⁷ DUSSEL, E., *Ética comunitaria*. Paulinas, Buenos Aires, 1986, p. 156.

²⁸ SCANNONE, J., *Nuevo punto de partida de la filosofía latinoamericana*, Guadalupe, Buenos Aires, 1990, p. 179.

²⁹ CASALLA, M., "Algunas precisiones en torno al concepto de 'pueblo'" en *Cultura popular y Filosofía de la liberación*, García Cambeiro, Buenos Aires, 1975, p. 65.

³⁰ SCANNONE, J., "Teología, cultura popular y discernimiento" en *Cultura popular.*, p. 247.

³¹ PODETTI, A., "Filosofía y filosofía americana" en Revista *Hechos e Ideas*, N° 15-16, 1987. Buenos Aires, p. 42. El artículo reproduce la clase dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en junio de 1973.

³² NOCETI, E., *La ética de la liberación en E. Dussel*, Ed. Cussa, Bahía Blanca, 1988, p. 28.

³³ Cfr. DEVÉS VALDÉS, E., "América Latina: civilización-barbarie" en *Revista de Filosofía Latinoamericana*, Año IV. N° 7-8. 1978. Buenos Aires, p. 50.

³⁴ Cfr. al respecto el intento de repensar la “filosofía de la liberación” que realiza CASALLA en “Sentido y vigencia actual de la filosofía de la liberación en América latina” en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, N° 14, 1989, Buenos Aires, p. 68. En la misma revista, pero en el n° 15/16, 1991, es ilustrativa la revisión de la categoría de ‘pueblo’ que propone CIFELLI, P. en “La crisis, el pensar y lo popular”, p. 97.